





la vida por delante

JUAN JOSÉ MILLÁS

Una araña en la bóveda

Compré una novela titulada *El momento de la luna*, de un tal José Ramón Martín Largo, porque al hojearla en la tienda, di con un pasaje en el que alguien lee un poema francés titulado así: *Le moment de la lune*. Por lo visto es la expresión que utilizan las mujeres francesas para referirse a la menstruación. El hallazgo verbal provocó una cadena de explosiones internas. Recordé que mi mujer me había contado que de pequeña, para aminorar los dolores de la regla, su madre le daba un par de opiatidones con una copa de ginebra. Todavía recuerda con nostalgia aquellos días de la adolescencia en los que llegaba al instituto entre nubes y atravesaba las clases de química o latín felizmente encojida en la cara oculta de la luna. Por mi parte fui también adicto al opiatidón durante algunos años. Mi excusa eran unos dolores de cabeza que sólo se aliviaban con esos comprimidos. En realidad, creo que los tomaba para aminorar el rencor. Nunca he sido tan bondadoso como aquellas mañanas de oficina y meón en las que desayunaba café solo, largo, con dos o tres opiatidones. Ahora me he quitado los dolores de cabeza y al opiatidón le han arrebatado aquella pícea de barbitúrico que tanto nos unía a mi mujer y a mí antes de que nos conociéramos, pero en otoño caigo en una suerte de debilidad que me hace añorar el sabor de las medicinas, así que busco libros que produzcan los mismos efectos secundarios.

Hojando el libro de José Ramón Martín Largo, busqué al azar otra página y vi cómo un personaje de la novela, un tal Bruno, se preparaba un porro de sulfamidas. Yo también he consumido muchas sulfamidas, pero nunca se me habría ocurrido utilizarlas de este modo. Me llevé el libro a casa y me acosté con él. Proclamé la llegada de la gripe, aunque no permití que me pusieran el termómetro. En cambio, accedí a tomar un frenadol, para ambientarme. Entonces me inyecté la novela con la ansiedad con la que otros se meten en el cuerpo aquello que más daño les hace. Supe enseguida que estaba escrita desde esas regiones de la conciencia que apenas se comunican con el exterior a través de un respiradero. Su lectura me devolvió la idea de la literatura como enfermedad, como pasión dañosa. Lo cierto es que quedé contagiado, así que al cabo de tres horas, quan-

do le había extraído todo su veneno, me levanté de la cama con los movimientos fantasmales de un convaleciente y me acerqué a la librería del estudio. Necesitaba más de lo mismo; quería una novela en la que la acción volviera a suceder dentro de la cabeza de los personajes. De súbito, mi dedo índice se detuvo en el lomo de una novela de Ruth Rendell que aún no había leído. La olifateé brevemente y me la llevé a la cama. Se titulaba *El lago de las tinieblas*, y comienza contando la historia de un sujeto que gana la lotería y decide gastar la mitad del premio en obras de caridad. Todo lo que sucede a partir de ahí es un cúmulo de malentendidos que destruye al protagonista y acaba con el lector, porque las buenas novelas devoran al lector, sobre todo si este se encuentra postrado y tiene unas décimas. Cuando Rendell acierta, podemos afirmar de ella lo mismo que se decía de la Higiénita que habla de los seres humanos como una araña hablaría de las moscas. El personaje más importante de *El lago de las tinieblas* es precisamente esa araña que, sin llegar a hacerse visible a lo largo del relato, es la que crea con sus babas el tejido de la realidad. Si nos apasiona su lectura es porque todos llevamos una araña como esa en la base de la bóveda craneal y una realidad como su tela bajo los zapatos. Somos víctimas de nuestras secreciones, arquitectos de nuestros laberintos.

El momento de la luna, de José Ramón Martín Largo, y *El lago de las tinieblas*, de Ruth Rendell, no tienen nada en común, excepto que sus sótanos respectivos están llenos de túneles que se comunican entre sí. La primera es una novela culta y la segunda, una novela policiaca.

Martín Largo escribe con el cuidado obsesivo de las tejedoras de ganchillo, mientras que a la Rendell le gusta el punto grueso y desigual. ¿Por qué la lectura de ambas contagia la misma enfermedad y su ingestión produce los mismos efectos secundarios? John Berger, en la presentación de su última novela, *Hacia la boca*, hablaba de un médico que suele preguntar a sus pacientes en qué parte de su cuerpo viven. Quizás la respuesta a que dos novelas tan dispares me hayan parecido tan semejantes está ahí: en que sus autores y yo hemos elegido para sobrevivir el mismo órgano. Esto es lo que quería contarles. Feliz otoño.



F. VILLARDO

Una araña en la bóveda [artículo] Juan José Millás.

Libros y documentos

AUTORÍA

Millás, Juan José, 1946-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una araña en la bóveda [artículo] Juan José Millás. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile